

Cuadernillos de poesía Colombiana

14

José Asunción Silva

Ediciones de la revista "*Universidad Católica Bolivariana*"

José Asunción Silva

A pesar de los años que van transcurridos de su muerte, todavía no se ha publicado en Colombia la biografía de José Asunción Silva que destaque su personalidad, nos revele sus múltiples aspectos de artista y nos exalte su vida torturada, compleja y voluptuosa.

Si exceptuamos los "Recuerdos íntimos" de Juan Evangelista Manrique, algunas notas de Valencia y Sanín Cano y la conferencia de Rafael Maya sobre este egregio cantor de las cosas triviales y los anhelos cósmicos, poco más se ha escrito en serio, de fundamental, de interpretación psicológica del más alto guarismo de las letras colombianas del siglo pasado, digno de otra patria y otras épocas, quizá del cuatrocientos, en que el artista tenía libre acceso a los palacios, al lujo y a las mesas de los príncipes expertos en toda suerte de lides y altibajos.

José Asunción Silva, de una manera balbuciente y primitiva, con un cierto candor y sencillez infantiles, como anotaba don Miguel de Unamuno, fué un poeta metafísico, a quien le angustiaban los problemas del hombre, la vida y la muerte. No fué Silva de aquellos que buscaron ideas puras, eternas y bienaventuradas para reposar el alma, escribió un ensayista contemporáneo, ni mucho menos solicitó de las religiones el consuelo de una creencia o la imposición de un dogma. Su actitud mental, a este respecto, era un sereno estoicismo templado a veces por una sonrisa irónica que apenas le rizaba la barba, así como el junco de las riberas arruga ligeramente el cristal líquido, sin oponerse al descenso de la corriente.

Silva nació en Bogotá, en ese Bogotá de 1865 agitado por los vaivenes de la política y las constituciones y en que "el costumbrismo y la poesía romántica eran una montaña virgen". En su casa, de antiguas tradiciones españolas, se daban cita los hombres más conspicuos de su tiempo: Pombo exhumaba su erudición prodigiosa; Isaacs daba pábulo a su sensibilidad quejumbrosa como la de los antiguos poetas de Israel frente a los ríos del cautiverio; Vergara y Vergara relataba nuevos episodios de la conquista recientemente descubiertos en los archivos de San Francisco; Marroquín leía sus novelas, sus poesías o sus estudios históricos, y Camacho Roldán sus notas de viaje que debieron despertar en el alma de José Asunción exquisitas sensaciones de feéricos, de suntuosos países, menos molondros y brumosos que el suyo.

Silva viajó con don Ricardo, su padre, por climas propicios a su temperamento y a sus angustias de hombre transverberado por la filosofía, que oscila entre Dios y la tierra y no sabe distinguir — ni quiere distinguir — las razones de la fé y las verdades de la inteligencia.

En París supo de labios del profesor Janet que en el fondo de todas las teorías había fragmentos de verdades y esta afirmación aumentó su escepticismo; sus preguntas a la tierra y a las constelaciones se tornaron cada vez más hondas y laceras; en su poesía tomó brío la evocación de la infancia como un refugio a sus que-
rellas:

*Cómo es de santa tu inocencia pura,
cómo tus breves dichas transitorias,
cómo es de dulce en horas de amargura
dirigir al pasado la mirada
y evocar tus memorias.....!*

José Asunción Silva tuvo como Baudelaire gustos enfermizos y exóticos. No alardeó de dandy provinciano, como dijo hace poco Juan Ramón Jiménez, ni se ciñó a su espíritu verdaderos interiores de sedalina. Amaba el lujo simplemente. El lujo que vió en su familia de antigua vena española:

*Colores de anticuada miniatura,
hoy, de algún mueble en el cajón dormida;
cincelado puñal, carta borrosa,
tabla en que se deshace la pintura
por el tiempo y el polvo ennegrecida;
histórico blasón donde se pierde
la divisa latina, presuntuosa,
medio borrada por el líquen verde.....*

*de otros siglos fantásticos espejos
que en el azogue de las lunas frías
guardáis de lo pasado los reflejos;*

*negro sillón de Córdoba, alacena
que guardaba un tesoro peregrino
y donde anida la polilla, sola.....*

Amaba el lujo en todas sus formas, sobre todo en la decorativa, dijo Maya, porque el lujo traslucía al exterior la opulencia de su talento, y porque así lo exigían su decoro de hombre y su jerarquía de poeta. En sus bodegas escanciaba el costosísimo Tokay y el aguardiente de la Selva Negra. Era un príncipe emparentado con los personajes de Wilde y Huysmans, de Lautréamont y los disidentes franceses del siglo XIX, desadaptado a la tremenda realidad prosaica que circunscribía su mundo como el agua.

Su poesía — mal corregida y explotada — tiene, en su despecho metafísico una línea melódica, sabía de ritmos y ondulaciones becquerianas, más trascendental que la de Bécquer, más problemática que la de Bartrina, más sutil que la de algunos "ingenios" colombianos de su tiempo, cuyos versos aún perduran en la sensibilidad popular como un escarnio a la belleza.

Silva, al decir de Maya, supo macerar y ductilizar sabiamente los ritmos hasta adaptarlos al carácter esencial de su poesía, y lograr ese equilibrio que se advierte en sus obras, entre la forma y el fondo. ¡Ese equilibrio maravilloso que le hacía escribir a Juan Ramón páginas encantadas!

Una fatal rosa de leyendas se ha hilvanado en torno a su existencia que apenas alcanzó a vivir, justamente, la edad propicia de los dioses, al decir de los antiguos.

Es cierto que casi todos los episodios de su vida están encadenados al fracaso y que todo conspiró contra él, inclusive la estrella de la mañana cuando Elvira se deshizo como una estatua de nieve.

Pero la imaginación popular, secundada por hábiles mercachifles y editores de lucro, ha roto el ovillo de la especulación y ha propalado absurdas mitologías al redor de sus intimidades que no pueden aceptarse, siquiera como hipótesis, en el campo de la crítica histórica.

Por eso es urgente la edición definitiva de la obra de José Asunción Silva. Y de su biografía que abarque el ciclo total de tiempo en que se desarrolló la rútila existencia de este orfebre extraordinario del idioma y de las letras nacionales.

El mejor legado que nos dejó el siglo pasado a los colombianos, nuestro pomposo siglo de oro, es éste, en el ramo de la poesía, de José Asunción Silva. Sigue, lector, por esa senda iluminada que dejó para tu entusiasmo, ¡con el corazón arriba!

JORGE LUIS ARANGO.

Día de difuntos

La luz vaga.... opaco el día....
La llovizna cae y moja
con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría;
por el aire, tenebrosa, ignorada mano arroja
un oscuro velo opaco, de letal melancolía,
y no hay nadie que en lo íntimo no se aquiete y se recoja
al mirar las nieblas grises de la atmósfera sombría,
y al oír en las alturas,
melancólicas y oscuras,
los acentos dejativos
y tristísimos e inciertos
con que ruegan las campanas,
las campanas plañideras,
que les hablan a los vivos
de los muertos.

Y hay algo de angustioso y de incierto
que mezcla a ese sonido su sonido,
e inarmónico vibra en el concierto
que alzan los bronce al tocar a muerto
por todos los que han sido,
Es la voz de la campana
que va marcando la hora
hoy lo mismo que mañana,
rítmica, igual y sonora;
una campana se queja
y la otra campana llora,
ésta tiene voz de vieja
y ésa de niña que ora.
Las campanas más grandes que dan un doble recio
suenan con acento de místico desprecio;
mas la campana que da la hora
ríe, no llora;
tiene en su timbre seco sutiles armonías;
su voz parece que habla de fiestas, de alegrías,
de citas, de placeres, de cantos y de bailes,
de las preocupaciones que llenan nuestros días;

es una voz del siglo entre un coro de frailes,
y con sus notas se ríe,
escéptica y burladora,
de la campana que gime,
de la campana que implora,
y de cuanto aquel coro conmemora;
y es que con su retintín
ella midió el dolor humano
y marcó del dolor el fin.

Por eso se ríe del grave esquilón
que suena allá arriba con fúnebre són;
por eso interrumpe los tristes conciertos
con que el bronce santo llora por los muertos.
No la oigáis, ¡oh, bronces!, no la oigáis, campanas
que con la voz grave de ese clamoreo
rogáis por los seres que duermen ahora
lejos de la vida, libres del deseo,
lejos de las rudas batallas humanas;
seguid en el aire vuestro bamboleo,
¡no la oigáis, campanas! . . .
Contra lo imposible, ¿qué puede el deseo?

Allá arriba suena, rítmica y sonora,
esa voz de oro,
y sin que lo impidan sus graves hermanas
que rezan en coro,
la campana del reloj
suena, suena, suena ahora,
y dice que ella marcó,
con su vibración sonora,
de los olvidos la hora;
que después de la velada
que pasó cada difunto
en una sala enlutada
y con la familia junto,
en dolorosa actitud,
mientras la luz de los cirios
alumbraba el ataúd
y las coronas de lirios;
que después de la tristura,
de los gritos de dolor,
de las frases de amargura,
del llanto conmovedor,

marcó ella misma el momento
en que con la languidez
del luto, huyó el pensamiento
del muerto, y el sentimiento,
seis meses más tarde. . . . o diez.

Y hoy, día de los muertos. . . . ahora que flota
en las nieblas grises la melancolía,
en que la llovizna cae gota a gota
y con su tristeza los nervios embota,
y envuelve en un manto la ciudad sombría;
ella que ha marcado la hora y el día
en que a cada casa lúgubre y vacía
tras el luto breve volvió la alegría;
ella que ha marcado la hora del baile
en que al año justo un vestido aéreo
estrena la niña, cuya madre duerme
olvidada y sola en el cementerio;
suena indiferente a la voz del fraile,
del esquilón grave a su canto serio;
ella que ha marcado la hora precisa
en que a cada boca que el dolor sellaba
como por encanto volvió la sonrisa,
esa precursora de la carcajada;
ella, que ha marcado la hora en que el viudo
habló del suicidio y pidió el arsénico,
cuando aún en la alcoba recién perfumada
flotaba el aroma del ácido fénico;
y ha marcado luego la hora en que mudo
por las emociones con que el gozo agobia,
para que lo uniera con sagrado nudo
a la misma iglesia fue con otra novia;
¿ella no comprende nada del misterio
de aquellas quejumbres que pueblan el aire,
y lo ve en la vida todo jocoserio;
y sigue marcando con el mismo modo,
el mismo entusiasmo y el mismo desgaire,
la huida del tiempo que lo borra todo!

Y eso es lo angustioso y lo incierto
que flota en el sonido;
esa es la nota irónica que vibra en el concierto
que alzan los bronces al tocar a muerto
por todos los que han sido.



Es la voz fina y sutil
de vibraciones de cristal
que con acento juvenil,
indiferente al bien y al mal,
mide lo mismo la hora vil
que la sublime y la fatal,
y resuena en las alturas
melancólicas y oscuras
sin tener en su tañido
claro, rítmico y sonoro,
los acentos dejativos
y tristísimos e inciertos
de aquel misterioso coro
en que ruegan las campanas....
¡las campanas plañideras
que les hablan a los vivos
de los muertos!...

Sus dos mesas

DE SOLTERA

En los tallados frascos guardados los olores
de las esencias diáfanas, dignas de alguna hurí,
un vaso raro y frágil do expiran unas flores,
el iris de un diamante, la sangre de un rubí
cuyas facetas tiemblan con vivos resplandores
entre el lujoso estuche de seda carmesí,
y frente del espejo la epístola de amores
que al irse para el baile dejó olvidada allí....

DE CASADA

Un biberón que guarda mezcladas dos terceras
partes de leche hervida y una de agua de cal,
la vela que reclama las despaviladeras
desde la palmatoria verdosa de metal;
en rotulado frasco, cerca de las tijeras,
doscientos gramos de una loción medicinal,
un libro de oraciones, dos cucharas dulceras,
un reverbero viejo y un chupo y un pañal.

Risa y llanto

Juntos los dos reímos cierto día....
¡ay, y reímos tanto
que toda aquella risa bulliciosa
se tornó pronto en llanto!

¡Después, juntos los dos, alguna noche
lloramos mucho, tanto,
que quedó como huella de las lágrimas
un misterioso encanto!

Nacen hondos suspiros, de la orgía
entre las copas cálidas,
y en el agua salobre de los mares
se forjan perlas pálidas.

Crisálidas

Cuando enferma la niña todavía
salió cierta mañana
y recorrió, con inseguro paso,
la vecina montaña,
trajo, entre un ramo de silvestres flores,
oculta una crisálida
que en su aposento colocó, muy cerca
de la cunita blanca....

.....

Unos días después, en el momento
en que ella espiraba,
y todos la veían con los ojos
nublados por las lágrimas,
en el instante en que murió, sentimos

leve rumor de alas
y vimos escapar, tender el vuelo
por la antigua ventana
que da sobre el jardín, una pequeña
mariposa dorada....

.....

La prisión, ya vacía, del insecto,
busqué con vista rápida;
al mirar vi, de la difunta niña
la frente mustia y pálida,
y pensé: si al dejar su cárcel triste
la mariposa alada,
la luz encuentra y el espacio inmenso,
y las campestres auras,
al dejar la prisión que las encierra
¿qué encontrarán las almas?....

Nocturnos

— I —

Poeta, ¡dí paso
los furtivos besos!....

¡La sombra! ¡Los recuerdos! La luna no vertía
allí ni un solo rayo.... Temblabas y eras mía.
Temblabas y eras mía bajo el follaje espeso;
una errante luciérnaga alumbró nuestro beso,
al contacto furtivo de tus labios de seda....
La selva negra y mística fué cámara sombría;
en aquel sitio el musgo tiene olor de reseda....
Filtró luz por las ramas cual si llegara el día;
entre las nieblas pálidas la luna aparecía....

Poeta, ¡dí paso
los íntimos besos!

¡Ah! de las noches dulces me acuerdo todavía.
En severo retrete do la tapicería
amortiguaba el ruido con sus hilos espesos,
desnuda tú en mis brazos, fueron míos tus besos;

tu cuerpo de veinte años entre la roja seda
tus cabellos dorados y tu melancolia,
tus frescuras de niña y tu olor de reseda....
Apenas alumbraba la lámpara sombría
los desteñidos hilos de la tapicería....

Poeta, ¡dí paso
el último beso!

¡Ah, de la noche trágica me acuerdo todavía!
¡El ataúd heráldico en el salón yacía;
mi oído fatigado por vigiliás y excesos
sintió como a distancia los monótonos rezos!
Tú, mustia, yerta y pálida entre la negra seda....
La llama de los cirios temblaba y se movía;
perfumaba la atmósfera un olor de reseda;
un crucifijo pálido los brazos extendía,
¡y estaba helada y cárdena tu boca que fué mía!

— II —

A veces, cuando en alta noche tranquila,
sobre las teclas vuela tu mano blanca,
como una mariposa sobre una lila
y al teclado sonoro notas arranca,
cruzando del espacio la negra sombra
filtran por la ventana rayos de luna,
que trazan luces largas sobre la alfombra;
y en alas de las notas a otros lugares
vuelan mis pensamientos, cruzan los mares,
y en gótico castillo, donde en las piedras
musgosas por los siglos, crecen las hiedras,
puestos de codos ambos en la ventana
miramos en las sombras morir el día
y subir de los valles la noche umbría;
y soy tu paje rubio, mi castellana,
y cuando en los espacios la noche cierra,
el fuego de tu estancia los muebles dora,
y los dos nos miramos y sonreímos
¡mientras que el viento afuera suspira y llora!

.....
¡Cómo tendéis las alas, ensueños vanos,
cuando sobre las teclas vuelan sus manos!

Una noche,
una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de músicas de alas;
una noche,
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas fantásticas,
a mi lado lentamente, contra mí ceñida toda, muda y pálida,
como si un presentimiento de amarguras infinitas
hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
por la senda florecida que atraviesa la llanura
caminabas;
y la luna llena
por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz blanca;
y tu sombra,
fina y lánguida,
y mi sombra,
por los rayos de la luna proyectadas,
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban,
y eran una,
y eran una,
y eran una sola sombra larga,
y eran una sola sombra larga,
y eran una sola sombra larga....

Esta noche
solo; el alma
llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,
separado de tí misma por el tiempo, por la tumba y la distancia,
por el infinito negro
donde nuestra voz no alcanza,
mudo y solo
por la senda caminaba....
y se oían los ladridos de los perros a la luna,
a la luna pálida,
y el chirrido
de las ranas....
Sentí frío. Era el frío que tenían en tu alcoba
tus mejillas y tus sienas y tus manos adoradas,
entre las blancuras niveas
de las mortuorias sábanas.
Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,
era el frío de la nada.

Y mi sombra
por los rayos de la luna proyectada,
iba sola,
iba sola,
iba sola por la estepa solitaria;
y tu sombra, esbelta y ágil,
fina y lánguida,
como en esa noche tibia de la muerta primavera,
como en esa noche llena de murmullos, de perfumes y de músicas de alas,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella.... ¡Oh las sombras enlazadas!
¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras
[de las almas!
¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tristezas
[y de lágrimas!....

— IV —

Oh dulce niña pálida, que como un montón de oro
de tu inocencia cándida conservas el tesoro;
a quien los más audaces, en locos devaneos,
jamás se han acercado con carnales deseos;
tú, que adivinar dejas inocencias extrañas
en tus ojos velados por sedosas pestañas,
y en cuyos dulces labios —abiertos sólo al rezo—
jamás se habrá posado ni la sombra de un beso....
Dime quedo, en secreto, al oído, muy paso,
con esa voz que tiene suavidades de raso:
si entrevieras en sueño a aquél con quien te sueñas
tras las horas de baile rápidas y risueñas,
y sintieras sus labios anidarse en tu boca
y recorrer tu cuerpo en su lascivia loca,
besar todos sus pliegues de tibio aroma llenos
y las rígidas puntas rosadas de tus senos;
si en los locos, ardientes y profundos abrazos
agonizar soñarás de placer en sus brazos,
por aquél de quien eres todas las alegrías,
¡oh dulce niña pálida!, dí, ¿te resistirías?....

Midnight dreams

Anoche, estando solo y ya medio dormido,
mis sueños de otras épocas se me han aparecido.

Los sueños de esperanzas, de glorias, de alegrías
y de felicidades que nunca han sido mías,

se fueron acercando en lentas procesiones
y de la alcoba oscura poblaron los rincones.

Hubo un silencio grave en todo el aposento
y en el reloj la péndola detúvose un momento.

La fragancia indecisa de un olor olvidado
llegó como un fantasma y me habló del pasado.

Ví caras que la tumba desde hace tiempo esconde,
y oí voces oídas ya no recuerdo dónde....

.....

¡Los sueños se acercaron y me vieron dormido;
se fueron alejando sin hacerme ruido

y sin pisar los hilos sedosos de la alfombra,
se fueron deshaciéndose y hundiéndose en la sombra!

El mal del siglo

EL PACIENTE:

—Doctor, un desaliento de la vida
que en lo íntimo de mí se arraiga y nace,
el mal del siglo...., el mismo mal de Werther,
de Rolla, de Manfredo y de Leopardi.

Un cansancio de todo, un absoluto
desprecio por lo humano...., un incesante

Vejece

Las cosas viejas, tristes, desteñidas,
sin voz y sin color, saben secretos
de las épocas muertas, de las vidas
que ya nadie conserva en la memoria,
y a veces a los hombres cuando inquietos
las miran y las palpan, con extrañas
voces de agonizante dicen, paso,
casi al oído, alguna rara historia
que tiene oscuridad de telarañas,
són de laúd y suavidad de raso.

Colores de anticuada miniatura,
hoy, de algún mueble en el cajón dormida;
cincelado puñal, carta borrosa,
tabla en que se deshace la pintura
por el tiempo y el polvo ennegrecida;
histórico blasón donde se pierde
la divisa latina, presuntuosa,
medio borrada por el líquen verde;
misales de las viejas sacristías,
de otros siglos fantásticos espejos
que en el azogue de las lunas frías
guardáis de lo pasado los reflejos;
arca, en un tiempo de ducados llena,
crucifijo que tanto moribundo
humedeceó con lágrimas de pena
y besó con amor grave y profundo;
negro sillón de Córdoba, alacena
que guardaba un tesoro peregrino
y donde anida la polilla, sola;
sortija que adornaste el dedo fino
de algún hidalgo de espadín y gola;
mayúsculas del viejo pergamino,
batista ténue que a vainilla hueles,
seda que te deshaces en la trama
confusa de los ricos brocateles,
arpa olvidada que al sonar te quejas;

Oye, Juan; mira, hermano: aquí en la triste
vida conventual, todo reviste
un aspecto satánico; mis horas
tienen angustias indecibles; mira,
un enjambre de formas tentadoras
entre mi celda por la noche gira
y huye.... De la oración con los empeños
la disipo por fin.... Ansío el oro,
suenan choques de armas en mis sueños,
flota un rumor de besos en el coro,
y es mi vida una lucha prolongada
de rudos sacrificios
en que domo la carne alborotada,
con ayunos y rezos y cilicios....
¡Y yo llegué al convento.... pobre loco!,
triste y arrepentido,
soñando en fin en descansar un poco
y en ansiedades místicas perdido....
Pero dime, ¿a qué vienes?

—Yo.... por verte
—dijo Don Juan—, por verte a toda prisa
y por darte noticia de la muerte
de don Sancho de Téllez; tú, mi santo,
por su eterno descanso di una misa.

Y al salir por el negro camposanto,
en que el convento oscuro se prolonga
ansiando la quietud de los que fueron,
por la primera vez se humedecieron
los ojos de Don Juan de Covadonga.

renegar de lo vil de la existencia
digno de mi maestro Schopenhauer;
un malestar profundo que se aumenta
con todas las torturas del análisis....

EL MEDICO:

—Eso es cuestión de régimen. Camine
de mañanita; duerma largo; báñese;
beba bien; coma bien; cuídese mucho:
¡lo que usted tiene es hambre!

Don Juan de Covadonga

Don Juan de Covadonga, un calavera
sin Dios, ni rey, ni ley, y cuyo hermano
Hernando el mayor, era,
después de haber llevado airada vida,
Prior de cierto convento en Talavera;
Don Juan el poderoso, el cortesano,
Grande de España y seductor de oficio,
el hombre en cuya mano
tuvo grandeza excepcional el vicio,
después de amar, de odiar, de lograr todo
cuanto es posible, e imposible, un día
sintió el cansancio de la vida, el lodo
de cuantos goces le ofreció la suerte,
y mezcló a su tenaz melancolía
el ansia de consuelos superiores;
pensó en Dios, pensó en Dios, pensó en la muerte,
pensó en la eternidad, y desprendido
del lujo, del amor, de los honores,
escribió a la duquesa de Vilorte
diciéndole un adiós definitivo;
arregló todo, abandonó la Corte,
y sin un escudero, al paso vivo
de su yegua andaluza, macilento,
huyendo del pasado, fugitivo,

por ignorada vía
llegó a la portería
silenciosa y oscura del convento.
—¿Nuestro Padre Prior?—preguntó al lego.
—En oración, hermano.

—Por la vida
lo llamará vuesa merced.... —Ahora
es imposible, hermano.... Vuelva luego,
es imposible ahora.... Extasis santo
cuando reza lo embarga. —Mas le ruego....
Yo estoy aquí perdiéndome entretanto;
siento la angustia del infierno, el fuego....
—Sírvese entrar al locutorio.... —Vanos
placeres, del Señor sonó la hora,
Don Juan dijo al entrar: ¡mundo, hasta luego!
Y por fin se encontraron los hermanos....

Don Juan, perdido en crápulas y excesos,
temblándole las manos,
con el aire de un pobre arrepentido
y la boca marchita por los besos,
y Hernando, el Prior, brillándole en los ojos
un fuego juvenil siempre encendido,
y süaves y rojos
los labios por las santas oraciones
y el olvido del mundo y sus pasiones.

—¿Orando tú....? — le dijo
Don Juan con voz monótona y cansada—.
Lejos de todo, en la quietud suprema
de la vida del claustro, cuando fijo
temblando una mirada
en el abismo actual de mi miseria,
sueño también en el retiro. —¿Cómo,
—interrumpió el Prior— la cosa es seria?
¿Te arruinaste por fin? La de Vilorte,
la archiduquesa de cabellos rubios....
la dama más hermosa de la Corte,
la rival de la reina en el donaire,
aún de sus besos guardas los efluvios....
Qué pasa por allá?... ¡Si traes un aire!

barrotes que formáis un monograma
incomprensible en las antiguas rejas,
¡el vulgo os huye, el soñador os ama,
y en vuestra muda sociedad reclama
las confidencias de las cosas viejas!

El pasado perfuma los ensueños
con esencias fantásticas y añejas,
y nos lleva a lugares halagüeños
en épocas distantes y mejores;
¡por eso a los poetas soñadores,
les son dulces, gratisimas y caras,
las crónicas, historias y consejas,
las formas, los estilos, los colores,
las sugerencias místicas y raras
y los perfumes de las cosas viejas!

Paisajes tropicales

Magia adormecedora vierte el río
en la calma monótona del viaje,
cuando borra los lejos del paisaje
la sombra que se extiende en el vacío.

Oculto en sus negruras al bohío
la maraña tupida, y el follaje
semeja los calados de un encaje
al caer del crepúsculo sombrío.

Venus se enciende en el espacio puro.
La corriente dormida, una piragua
rompe en su viaje rápido y seguro,

y con sus nubes el poniente fragua
otro cielo rosado y verde-oscuro
en los espejos húmedos del agua.



Un poema

Soñaba en ese entonces en forjar un poema
de arte nervioso y nuevo, obra audaz y suprema.

Escogí entre un asunto grotesco y otro trágico,
llamé a todos los ritmos con un conjuro mágico,
y los ritmos indóciles vinieron acercándose,
juntándose en las sombras, huyéndose y buscándose;
ritmos sonoros, ritmos potentes, ritmos graves;
unos cual choque de armas, otros cual canto de aves;
de Oriente hasta Occidente, desde el Sur hasta el Norte,
de metros y de formas se presentó la corte.

Tascando frenos áureos bajo las riendas frágiles
cruzaron los tercetos, como corceles ágiles;

abriéndose ancho paso por entre aquella grey,
vestido de oro y púrpura, llegó el soneto rey;
y allí cantaron todos. . . . Entre la algarabía
me fascinó el espíritu por su coquetería,
alguna estrofa aguda, que excitó mi deseo,
con el retintín claro de su campanilleo.

Y la escogí entre todas. . . . Por regalo nupcial
le dí unas rimas ricas, de plata y de cristal.

¡En ella conté un cuento, que huyendo lo servil,
tomó un carácter trágico, fantástico y sutil;

era la historia triste, desprestigiada y cierta
(de una mujer hermosa, idolatrada y muerta;

y para que sintieran la amargura, ex profeso,
junté sílabas dulces como el sabor de un beso,

bordé las frases de oro, les dí música extraña
como de mandolinas que un laúd acompaña;

dejé en una luz vaga las hondas lejanías
llenas de nieblas húmedas y de melancolias,

y por el fondo oscuro, como en mundana fiesta,
cruzan ágiles máscaras al compás de la orquesta,

envueltas en palabras que ocultan como un velo,
y con caretas negras de raso y terciopelo;

cruzar hice en el fondo las vagas sugerencias
de sentimientos místicos y humanas tentaciones. . . .

Complacido en mis versos, con orgullo de artista,
les dí olor de heliotropo y color de amatista. . . .

Le mostré mi poema a un crítico estupendo. . . .
y lo leyó seis veces, y me dijo. . . . ¡No entiendo!